



MIGUEL
BONNEFOY
EL VIAJE
DE OCTAVIO

armænia

narrativa

MIGUEL BONNEFOY

El viaje de Octavio

Le voyage d'Octavio

Traducción de Amelia Hernández Muiño

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Le voyage d'Octavio*

Edición original: Éditions Payot & Rivages, Paris, 2015

1.ª edición: abril 2017

1ª edición ebook: agosto 2021

Ilustración de cubierta: © James Nunn, 2017

Ilustración de solapa: Miguel Bonnefoy (D.R.)

Diseño de cubiertas: Fernando J. Salgado

Copyright © Miguel Bonnefoy, 2015

Copyright de la traducción © Amelia Hernández Muiño, 2017

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2017, 2021

Armaenia Editorial, S.L.

www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes,

la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-04-3

I

En el puerto de La Guaira, el 20 de agosto de 1908, un barco proveniente de Trinidad echó anclas en las costas venezolanas sin sospechar que también echaba ahí una peste que iba a tardar medio siglo en dejar el país. Los primeros casos se presentaron en el litoral, entre los vendedores de pagros y los marchantes de cochinilla. Luego siguieron los mendigos y los marinos que, de tanto rezar a las puertas de las iglesias así como a las puertas de las tabernas, alejaban las miserias y los naufragios. Una semana después fue izado el pabellón de cuarentena y se decretó que se trataba de una epidemia nacional. La segunda semana, las autoridades iniciaron la cacería de ratas y pagaron una moneda de plata por cada alimaña muerta. La tercera semana, los enfermos fueron aislados para sacar muestras, y se extirparon ganglios

tan grandes como huevos. Hizo falta poco tiempo para ver las primeras fogatas en los patios y humos de azufre saliendo de las cabañas. Al cabo de un mes, cuando la enfermedad se acercó a las puertas de la capital, se sacó en gran procesión al primer santo de madera.

Los fieles bloquearon las callejuelas de un pueblo en los alrededores de Caracas. Llevaban hacia los dispensarios, en parihuelas de plata y sostenida por mulatos, acompañándola con salmos y cantos, la efigie del Nazareno de San Pablo en hábito morado bordado de oro. Casi no se distinguía al santo, de tan cubierto de orquídeas como iba, coronado de espinas, rodeado de campanas y símbolos. Asomando la cabeza por sus puertas, las gentes veían aquella procesión de hombres y mujeres que no dejaba de aumentar, calle tras calle, al ritmo de tambores y trompetas. Le hacían entrar en el porche de las casas de donde salían señoras en bata, extendiendo los brazos, con el sudor en la frente, murmurando palabras que parecían endechas.

Entre aquellas casas, en las faldas de una montaña, estaba la de un criollo que había sembrado junto al seto un robusto limonero, ya tan viejo como él, cuyos frutos se mezclaban con las bayas del follaje. La procesión se acercaba. El criollo salió con una escopeta de cerrojo y un racimo de cartuchos bajo el brazo.

—Al primero que pase el seto, lo mato —gritó desde la barandilla—. Y empezaré con aquél al que están paseando. Ya veremos si los santos no mueren.

Los cargadores dieron media vuelta sin discutir. Pero en el momento de irse, la corona de espinas quedó enganchada en una de las ramas del árbol. El criollo se llevó el arma al hombro y, con un impropio, disparó una única bala cuyo estallido resonó un largo rato por la montaña. La bala separó la estatua de la rama, sacudió el follaje, hizo caer encima de las cabezas, como una lluvia de bubones verdes, centenares de limones que rodaron hasta las puertas de las cabañas.

Todos creyeron que había sido un milagro. Utilizaron la pulpa amarillenta para las infecciones, secaron las cáscaras y las espolvorearon encima del pescado, purificaron el aire con la acidez de la esencia. Mezclaron el limón

con el jengibre en unas ollas, pasándolas de puerta en puerta, por todas las alcobas, como un remedio que dos mil años de medicina no habían sabido brindar. En diez meses hicieron retroceder diez años de peste.

Ésta fue la historia del limonero del Señor tal y como suele leerse de la pluma del poeta Andrés Eloy Blanco en los libros de mi país.

Y así fue cómo la casa del viejo criollo fue arrasada y frente al limonero se erigió una iglesia con muros de piedra y entarimado ensuciado. La iglesia recibió el nombre del pueblo: San Pablo del Limón. Era una humilde basílica, sin órgano ni ornamentos, con techo artesonado, que daba a un patio trasero sembrado de granadas. La pila de agua bendita nunca estaba vacía. La nave repercutía los cánticos hasta las inmediaciones del pueblo. Los vitrales narraban para los iletrados las pasiones y los suplicios del calvario mientras que, afuera, el calor era tan pesado que todas las puertas permanecían cerradas hasta la hora de las vísperas.

Ningún Papa vino a consagrar el altar y el presbiterio. Ninguna escultura fue a habitar el claustro. La efigie del Nazareno de San Pablo fue colocada contra uno de los pilares de la nave, y las mujeres se levantaban antes del alba para ir a meter monedas en el cepillo. Numerosos peregrinos venían de lejos para recogerse ante la estatua. El rumor llegó hasta las abadías. Aparecieron monjes, buscadores de oro y hasta un cura que, oliendo a almendra y nuez moscada e ignorante del latín, se ocupó de custodiar la reliquia.

Tras el primer homicidio en el pueblo, se construyó la primera cárcel y el primer cementerio con las mismas piedras. En las callejuelas concurrían ladrones y vagabundos, apestando a bosque y oprobio, pero también recaderos que habían caminado desde la ciudad para comprar más barato. Eran montañeses y caravaneros, cristianos cumpliendo la promesa de un arzobispo, nómadas. Se detenían unos días para comer caliente. Todos aquellos hombres repetían que solo estaban de paso. Visitaban cantinas y dependencias, sonreían a una dulce mesonera y, finalmente, se quedaban de por vida. Entonces, en los linderos de algún terrenito, construían un molino,

labraban una huerta junto a un pozo de agua, y se entregaban sin resistir, bajo un cielo cuya redondez ponía a rodar el sol, a un tiempo que no conocía estaciones.

Las gentes se acostumbraron a medir la importancia de una casa según la cantidad de ventanas. El nombre de las calles se escribía en placas de madera según se llamaban quienes las habitaban. La calle del Hospital era la del hospital, la calle de las monjas era la del convento, en la calle del Doctor Domínguez vivía el venerable doctor Domínguez, y en la calle de los Cornudos, que nada tenía que ver con la honestidad de las damas, estaba el matadero donde se descargaban los cuernos del ganado.

Todo era música y estrépito, bruma y sol. Las acequias de irrigación se convertían en riachuelos de fango donde los puercos hacían prolongadas siestas y que las lluvias tropicales, cayendo ruidosamente, no lograban limpiar. A lo lejos se oían los mangos estrellándose en el suelo y los gallos peleando en las galleras. El viento arrastraba el runrún de los bueyes, con sus pezuñas levantando en polvo, y las plazas servían de foro, de feria y de paseo. Bajo unos toldos hechos con palmas de cocoteros se reunían comerciantes para crear los primeros mercados. Se escuchaba el jadeo de los animales que remontaban la cuesta cargados de clavos de olor y pimientos verdes, tintas y perlas, encorvando el lomo bajo unas jaulas de loros. Amanuenses públicos cobraban una fortuna por las cartas de amor, los viejos contaban los meses con granos de maíz, y los mercaderes contaban leyendas a los niños para apartarlos de la noche. Era una época simple y medrosa. El pueblo solo estaba amenazado por supersticiones y creencias populares, de modo que no era raro ver por la plaza, hacia el final de la tarde, un hombre en una vieja mula haciendo una última ronda con su fusil colgado al hombro.

Con el tiempo, frondoso y copioso, las faldas de la colina se hincharon con barracas y estructuras desordenadas de ladrillo, pues la vida no dejaba de brotar. Año a año, se calzaron con piedras y se poblaron de gentes que huían de la miseria de las grandes ciudades. Subían hasta los altos de la colina, hallaban algún baldío alejado de otros y ahí se construían una casa con

planchas de zinc. Con la expansión de estas barriadas, hubo que organizar elecciones democráticas para designar presidentes y un concejo. El mercado negro compitió con los comercios de antes, mientras que la sombra de los plátanos era cobijo de mujeres que se habían quedado sin maridos, ya fuera por el alcohol, ya fuera por las desgracias.

Las antiguas leyendas empujaron a los niños fuera de sus casas. Muchos se juntaban ahora para el contrabando, a menudo por temor a ser excluidos, o porque a veces resultaba incluso más peligroso no meterse en ello. Las noches eran agitadas, revueltas, y cargaban a menudo con un crimen a la vuelta de alguna callejuela. Las muchachas sufrían embarazos precoces y abortaban por medio de cucharas puestas a hervir en ollas. Era un mapa de la ira. Desgraciadamente, los santos no pasaban por los ranchos venezolanos. No se sentaban a esa mesa. No participaban en la lenta y desoladora construcción de la felicidad de los pobres, quienes desgranaban sus rosarios de huesos de aceituna, levantando la cabeza hacia la luz, y aguzaban todos sus sentidos para oír si el cielo respondía a sus plegarias.

Un día, la estatua del Nazareno desapareció sin que aparentemente nadie se diera cuenta. A partir de ese momento, las puertas de la iglesia permanecieron cerradas. Ya no se quitaba el polvo de los bancos, ya no se limpiaba el suelo, ya no se ponían flores en el púlpito. Ahora los peregrinos llevaban sus cuentos y sus legados por otros caminos.

El limonero fue talado durante la temporada de lluvias, pues la corteza se le había llenado de gusanos igual que la ciudad se había poblado de hombres. Se necesitaron varios mulatos para cargar el árbol en procesión hasta un terreno apartado. Nadie salió para acompañar al cortejo, nadie asomó la cabeza por la puerta. No muy lejos de las casas, se hizo una fogata que recordó la peste de antaño. El humo tapó el cielo durante tres días. Por última vez, se echaron las campanas al vuelo. Y así fue cómo, medio siglo después del arribo de una nave proveniente de Trinidad, solo quedó un fuerte olor a limón y una iglesia erigida en medio de los cipreses, como un mástil solitario y triste, de pie en una tierra sin ancestros.

II

Don Octavio había crecido en esta tierra.

Vivía en una casa encalada, simple y frágil, en las faldas de la colina. No poseía ningún título de propiedad. La casa estaba compuesta por una sala y un cuarto que, en un origen, habrían sido una sola habitación. Un armario estaba colocado junto a una ventana sin vidrios ni cortinas, como las hay en el trópico, cerca de un catre y una silla de sisal. En la sala, al fondo, un pequeño altar con cirios prendidos iluminaban débilmente las paredes. Había figuritas de los apóstoles, talladas en palos de escoba, y unos vasos llenos de ron para ahuyentar las desgracias. Todo estaba aromatizado con hierbas recogidas de la garriga*.

Octavio recibió en su sala al doctor Alberto Perezzo. Era un médico más bien fuerte, de tez casi oscura, de buen porte. Tenía un comportamiento risueño y atrevido, gentileza en los modales. No obstante, se quejó de las interminables escaleras que serpenteaban por la colina, casa tras casa, que debía trepar para llegar adonde sus pacientes. Se secaba el sudor de la cara con la manga. Y, confesó con una sonrisa azorada, para colmo se le había olvidado su bloc de recetas para anotar los medicamentos. Octavio le miró con ojos de preocupación.

—Aquí no hay nada para escribir, doctor.

Alberto Perezzo contestó que no importaba, que anotaría su prescripción en el margen de un periódico.

—En el centro médico ya estamos acostumbrados —agregó—. En este país escribimos en los periódicos aún después de impresos.

Don Octavio se abrochó la camisa y se levantó para ir a la cocina.

—Disculpe, doctor. Pero aquí no hay nada para escribir.

El médico miró a su alrededor y solo vio un poco de pan y de tabaco encima de la mesa, cerca de la ventana. A sus pies, había un trozo de carbón en el suelo.

—Octavio, mira lo que vamos a hacer. Voy a escribirte en la mesa el